

las necesidades lo exigen é imponen. En el momento en que recobre la libertad volará por los aires alegre y feliz, se remontará al cielo, entonarás dulces gorjeos con que alegrará los campos, las florestas y agrestes soledades. Tal es la imágen del alma santa y justa, á la cual doy yo libertad verdadera, la libertad santa del espíritu, haciendo que abandone el mundo, el siglo, las pompas y los honores, y que vuele al cielo, vuele hácia Dios, y solo para él viva, y que alegre con sagrados cánticos, santas aspiraciones y devotas jaculatorias las soledades del claustro, si le llamo á la soledad y al claustro, ó los recónditos retiros de su corazon, si sabé recogerse en ellos en medio del bullicio del mundo, si á vivir en este le destino. ¡Hé aquí mi jilguerito, pájaro solitario que anida en el techo de mi casita (1)! Pero tú, perrillo, que te arrastras por la tierra, y significas la vida mundana, la vida en medio del siglo, no esperes volar ni alcanzar la sublimidad de esta avecilla: guardarás mi casa, ladrarás contra los que traten de asaltarla, estarás á mi lado, pero siempre pegado á la tierra y dormirás sobre el duro suelo. No maltrates á esta avecilla, como maltrata el mundo á la gente espiritual, á los santos religiosos, mis hijos predilectos, que viven en el mundo sin estar en el mundo. En mi mano están: yo los defiendo. Podrás ladrarles, pobre cuadrúpedo, cual ladra el siglo contra mis buenos servidores, pero no los podrás maltratar mientras estén en mi mano, ó remonten su vuelo hácia el empíreo.»

Hé aquí lo que parece decir el Niño Jesus al perrito, á quien enseña el jilguerillo momentáneamente sostenido en su mano.

Y entre tanto la cariñosa Madre, con semblante ledó y risueño, devana una madeja de hilo, contemplando aquella escena, embelesada dulcemente en ella, uniendo la contemplación al trabajo, al tenor de lo que solian hacer los piadosos menestrales, que tomaban por divisa esas hermosas palabras;

*Ora et labora*

y como esas madres cristianas y santas religiosas que la toman por modelo, y meditan mientras que cosen, bordan ó desempeñan las tareas mas humildes cuanto indispensables de la vida doméstica. ¡Qué dulzura, tranquilidad, modestia, sencillez, humildad, complacencia y dulce alegría hay en aquella fisonomía de la Vírgen! Ese cuadro vale mas que un poema: habla al alma sin ruido de palabras. Por desgracia son pocos los que sepan leerlo.

Para mí representa un idilio sagrado; con toda la dulce poesía de la vida doméstica y escondida de Jesus en Nazareth, durante los cinco años de su niñez, que mediaron desde su regreso de Egipto, hasta que una aventura inesperada y dolorosa, que narra el Santo Evangelio con notable detenimiento, vino á turbar durante cuarenta horas la inalterable paz de la Santa Familia y affigir gravemente el corazon de la Vírgen.

(1) *Sicut passer solitarius in tecto.* (Salmo 101, v. 8.)

## CAPITULO XXII

### EL NIÑO PERDIDO

**J**ESUS habia llegado á la edad de doce años: sus fuerzas no eran todavía suficientes para emprender rudas fatigas, á fin de ganar el necesario sustento en union de su padre putativo, cuyo humilde oficio aprendia. Pero estaba en la época en que las buenas madres cuidan de la *educacion* de sus hijos, cuando acabada la niñez y al iniciarse la adolescencia, comienza el período de la *instruccion*. La educacion pues de Jesus corria á cargo de su Vírgen Madre y ¿qué maestro mejor en lo humano? Jesus se desenvuelve en ese concepto. Es la omnipotencia y se muestra débil: es la omnisciencia, la Sabiduría eterna, y aparece necesitado de aprender, así como siendo hijo del Eterno Padre le tienen los de Nazareth por hijo del carpintero.

Su Madre le enseña el *alef-bet*, el abecedario hebreo: con ella deletrea el *Bresith* y demás libros de Moisés, aprende á escribir, y mas adelante decora la historia de su patria y del pueblo Israelita en esos mismos libros de Moisés y de Josué, los Jueces y los Reyes. Aprende tambien el derecho político, religioso y social en el Levítico y en esos mismos libros en que se consigna el desarrollo social y político, interno y externo de su pueblo, bajo la forma teocrática y democrática á la vez, y su transición de estas á la monarquía. Su Madre Santísima que conocia la Sagrada Escritura, mejor y mas á fondo que todos los Doctores antiguos y modernos, y que los Doctores mismos de la Iglesia, enseña á su hijo de talento precoz y privilegiado eso mismo que tan perfectamente sabe, y lo confía al entendimiento humano de su Hijo, pues, si como Dios no tiene memoria, como hombre la tiene. Todo esto lo compendia el Evangelio de San Lucas en una sola y bien sencilla frase. «El Niño crecía y se fortificaba, estando *lleno de sabiduría*, y la gracia de Dios estaba en Él.» Crecía y se fortificaba en lo temporal y crecía tambien en lo intelectual á lo humano, pues tenia entendimiento como Dios y como Hombre, y á la Ciencia beata añadia la *infusa*, y á estas la que se llama *adquirida*, en contraposición á la infusa ó infundida. Dios no quiere que nada huelgue: ni aun su entendimiento humano quiso que estuviera ocioso.

Cómo dió por primera vez muestras de este saber y de sus diferentes ciencias y educación brillante, lo dice en seguida San Lucas en estas palabras: «Y sus padres iban todos los años á Jerusalem en el día solemne de la Pascua. Había pues cumplido doce años, cuando aconteció que, habiendo ellos subido á Jerusalem, segun acostumbraban en tiempo de fiesta, y acabados los días de esta, al regreso el niño Jesus se quedó en Jerusalem sin que lo advirtieran sus padres.

Así que, pensando que estaria entre los de la comitiva caminaron toda una jornada y al terminarla anduvieron buscándole entre los parientes y conocidos; pero, como no lo encontrasen volvieron á Jerusalem en busca de él. Por fin al cabo de tres días le hallaron en el templo sentado en medio de los Doctores escuchándolos y dirigiéndoles preguntas, y todos los que le oían se admiraban de su sabiduría y de sus respuestas. Y, cuando le vieron, quedaron admirados, y su Madre le dijo:—Hijo mio ¿por qué te has portado así con nosotros? Ya ves cómo tu padre y yo hemos andado buscándote llenos de dolor.—Mas él les respondió:—¿Por qué me buscabais? Pues qué, ¿no sabiais que debo ocuparme en las cosas concernientes al servicio de mi Padre? Con todo, ellos no comprendieron lo que les decía. Marchóse pues con ellos y volvió á Nazareth.»

Esta es la primera manifestacion de Jesus: en ella se ve ya algo de divino, *quid divinum*. La Historia nos presenta ejemplares de niños precoces, que á la edad de doce años han asombrado á los sabios causando el embeleso y hasta la admiracion de claustros de Doctores (1). Mas esto era en algunos ramos de literatura y de ciencias humanas. Pero en la ciencia Divina, desconocida entonces por los mayores sabios y filósofos de Grecia y de Roma, oscura para los mismos Doctores de la Ley y Maestros en Israel, no podia haber esa precocidad meramente humana y natural: preciso era un milagro, un favor sobrenatural que hiciese Dios en favor de alguna criatura. Aquí no era ese favor, pues era el mismo Dios quien de esa manera se revelaba á sí mismo mediante la naturaleza humana, que representaba el desarrollo corporal de un niño de doce años, y la predicacion primera de la *buena nueva*, que todavía tardarian diez y ocho años en escuchar los humildes de Galilea y los sabios de Jerusalem en ese mismo sitio. Pero aunque el acontecimiento se refiere á la vida de Jesus, con todo no es ajeno á la de su Madre que interviene tambien en él, y tanto que por la mezcla de dolor y alegría que hay en el acontecimiento, figura en la devocion del Santo Rosario como el quinto de los *misterios gozosos* relativos á la vida de aquella Señora, y en concepto de último de los gozosos preludio de los dolorosos, que á este siguen y á los que sirve como de transicion.

Fieles observadores de la Ley de Moisés los padres de Jesus cumplian con el deber de acudir todos los años al templo de Jerusalem durante la Pascua. No miles sino centenares de miles de Israelitas y no solo de Palestina, sino de otros muchos puntos del Asia,

(1) Tal sucedió en el siglo pasado en Salamanca con un niño llamado Picornell. En la Historia de los niños prodigiosos se hallan tambien casos muy raros de portentosa precocidad.

Egipto y allende los mares, venian á la Ciudad santa, que se llenaba, ó por mejor decir, se inundaba de forasteros. El extravío de un niño en medio de tanta confusion y barullo era cosa muy fácil.

Al regresar á sus pueblos los parientes y amigos marchaban por lo comun á pié y á cortas jornadas, reunidos en numerosos grupos, pero con separacion de sexos. La austeridad de costumbres no permitia á los Israelitas en estos casos dejar que se mezclasen los jóvenes de uno y otro sexo, dando así quizá margen con motivo de una festividad religiosa, á que se ofendiera á Dios ó por lo menos se fomentaran insensatos amoríos. Pero los niños de poca edad podian ir con sus padres ó sus madres en unos ó en otros grupos, y por tanto pudo prescindir la Vírgen María completamente del cuidado de su hijo durante la primera jornada, creyéndole en compañía de San José, y en alguno de los grupos de Nazarenos, y San José debió creer que iba con su Santa Madre en alguno de los grupos de mujeres.

Mas al reunirse ambos esposos terminada la primera jornada en el pueblo donde habian de pasar la noche, fueron grandes su dolor y sorpresa al ver que no venia Jesus con ninguno de los dos, ni daban razon de él los otros grupos que iban llegando al pueblo. Ninguno de ellos le habia visto durante el día ni durante el viaje. María lloró de dolor y angustia, y en su humildad profunda se culpó á sí misma. ¿Seria que el Eterno hubiese dispuesto ya la emancipacion de su Hijo? ¿Volveria á verle? ¡Oh, perder así á un hijo, y un hijo que era Dios!

Los Ángeles Santos callaban, y callaba Dios á quien se dirigia con purísimo y ardiente ruego. Dios que enviaba aquella tribulacion, daba *gracias* abundantes para sobrellevarlas, pero no daba *luzes*. En las vidas de los Santos vemos á veces este fenómeno: el que hoy está rodeado de copiosas gracias y favores celestiales, bañado de luz sobrenatural y con una especie de aureola, que parece reflejar sobre las cosas y personas que le rodean (1), mañana se verá en tinieblas, en sequedad horrible, agitándose en el vacío, y molestado de tentaciones porfiadas y groseras: clamará á Dios para verse libre de ellas como San Pablo, y solo obtendrá la respuesta que este tuvo: «Con mi gracia te basta.»

Terrible, larga y angustiosa noche la que pasaron los Santos Esposos en el pueblecillo donde pernoctaron á cuatro leguas de Jerusalem. Sus ojos no lograron el sueño reparador: la oracion y el llanto aliviaron sus penas. Aun no bien apareció la aurora retornaban á Jerusalem, desandando el camino, y observando las avenidas de este, por si acaso el Niño se hubiera extraviado en alguna de ellas. El ansia de hallarle ponía alas en sus piés para llegar pronto á Jerusalem, pero era preciso registrar las sinuosidades del camino. El sol habia mediado mas de la mitad de su carrera y principiaba á declinar hácia su ocaso,

(1) En uno de los varios pasajes en que habla Santa Teresa de las sequedades de espíritu y de esos casos en que parece que Dios se esconde, dice:—«Tan imprimida queda aquella majestad y hermosura, que no hay poderla olvidar sino es cuando quiere el Señor que padezca el alma una sequedad y soledad grande; que aun entonces de Dios parece se olvida. (Libro de su Vida, cap. 28.)

cuando dieron vista á los muros de la Ciudad santa, y entraron presurosos por sus puertas, dirigiéndose á la casa conocida que les habia dado franca y cariñosa hospitalidad durante la Pascua. ¡Amargo desengaño! Jesus no estaba allí, los amos de la casa ignoraban su paradero: ni aun le habian visto. Tristes y llorosos recorrieron las calles bañadas ya por la escasa luz del crepúsculo. Las bocinas del templo anunciaban la oracion de la tarde y los levitas preparaban en el templo el sacrificio vespertino. Allá fueron los Santos Esposos, tristes, taciturnos y resignados. Allí estaba Dios: allí estaba su Hijo, pero no le vieron, ni convenia que le viesen por entonces: aun no habia llegado la hora de que terminase aquella tribulacion, que les habia de hacer amar todavía mas el bien perdido; que el bien, la salud y la felicidad nunca se aprecian mas que cuando se pierden, y recuperadas se las tiene en mayor estima. Veia Jesus la angustia de su Madre: pero esta debia durar tres dias. ¡Ay, que otros tres dias de mayor angustia le esperaban en aquella ciudad para dentro de veinte años y con mayor quebranto!

Pasó otra noche casi de insomnio: la fatiga y el dolor mismo vencian al dolor y al sentimiento. Aun no habia amanecido cuando la santa pareja recorria nuevamente las calles y las plazas de Jerusalem, recordando el principio del capítulo tercero de los Cantares. «Durante la noche anduve buscando en mi lecho el modo de hallar al que quiere mi alma entrañablemente; mas no pude dar con él. Con esta ansia voy á levantarme y recorrer la ciudad. Por las plazas y por las encrucijadas buscaré al querido de mi vida. ¡Ay de mí que ando buscándole y no le encuentro!

»Halláronme las patrullas que rondan por la ciudad y les pregunté:—¿Habeis visto al que ama mi alma?» ¿Habeis visto por ventura á un niño que anda perdido, luz de mis ojos, vida de mi vida? ¡Quizá en este momento llora buscándome, llamando á su Madre!

—¿Y cómo es ese niño, Señora? No hemos visto á ninguno que ande perdido por la calle.

—El hijo de mi vida, mi hijo querido es blanco y rubio, candoroso y lindo mas que el oro acendrado elegido entre millares.

¡Vana esperanza! nadie le ha visto, nadie da razon de él: por ningun punto se le ve, ni se oye su llanto. En vano la compadecen otras madres cariñosas y se ofrecen á buscarle.

Los levitas vuelven á poblar los aires con el sonido de sus trompetas, llamando á los fieles al templo para el sacrificio de la mañana: allí acuden á la casa de Dios los santos esposos, tristes pero resignados. Los medios humanos están agotados para encontrar á Jesus: solo hay esperanza en Dios. La oracion se alarga en silencioso recogimiento. Durante ella no es lícito ni hacer preguntas á los que están próximos, ni dirigir vagas y distraidas miradas. Aunque Jesus hubiese estado á dos pasos de sus Padres, estos no le hubieran visto. En cambio él los veía, escuchaba su humilde ruego y aceleraba el momento de terminar la prueba y la afliccion. Avanzaba ya el dia tercero de la ausencia. Tampoco en el sepulcro habia de estar ausente de su Madre tres dias enteros.



JESUS ENTRE LOS DOCTORES

Era preciso volver á las diligencias humanas para encontrar al Niño perdido. El corazón de María abrigaba ya una suave y dulce confianza interior de encontrar á su Hijo. Al cruzar por uno de los pórticos vieron una porcion de gente grave, que escuchaba silenciosa lo que pasaba en un círculo de ancianos y personas autorizadas, que discutian sobre la inteligencia de algunos pasajes de los libros santos, teniendo estos en las manos, enroscados los pergaminos en cilindros de cedro. Murmullos de admiracion y de aplauso salian de aquel círculo, y en medio de ellos se escuchaba enérgica, argentina y briosa una voz infantil, cuyo timbre, al herir los oidos de los contristados esposos hizo vibrar de alegría las fibras de sus corazones. Era la voz dulce, grata y armoniosa de Jesus. ¡Gloria á Dios! allí está Jesus sentado y atendido: cuando habla le escuchan, cuando pregunta le responden, cuando arguye y refuta nadie replica. ¡Qué alegría, qué momento de gozo y santo júbilo! Justamente la devocion pone ese momento entre los de gozo y alegría de la Madre de Jesus.

Este avanza modestamente hácia sus padres: los Doctores les felicitan por tener tal hijo; y este portento es de Galilea, el país agreste de la gente ruda (1). El mundo le ha oido y no ha llegado á conocer quién era (*et mundus eum non cognovit*). Tampoco este reconoce á su excelsa Madre. Y ¿quién reconoce ya en aquella hermosa matrona, algun tanto morena por el sol de Egipto, á la antigua perla del templo, la bella *halma*, que veinte años antes era el embeleso de los sabios, de los sacerdotes y levitas?

Pero la escena cambia por completo en el momento de reunirse la Madre y el Hijo: en vez de las demostraciones de mutuo regocijo, abrazos, ósculos y sonrisas de cariño, aparecen los personajes de ella con cierta especie de seriedad y reserva, sin alegría, sin expansion, casi con cierta dureza. La Madre reprende al Hijo cariñosamente.— Hijo mio, ¿por qué has hecho eso? ¡Tu padre y yo andábamos buscándote afeitados!

María tenia un derecho innegable para hablar así. Aun cuando no lo dijera el Evangelio, podia conjeturarse muy racionalmente que habia dirigido á su Hijo querido esta dulce y paternal reconvencion en tono de queja mas bien que de reprension.

Era madre segun la naturaleza, y además, por la gracia y el milagro, tenia todos los derechos que le daban la Ley Divina por la naturaleza ó sea el derecho natural, y la Ley revelada, ó sean los preceptos del Decálogo, que son la base del derecho divino positivo. El cuarto mandamiento del Decálogo que manda honrar padre y madre obligaba á Jesus como hombre. Él mismo lo dijo:—«No he venido á soltar ó infringir la Ley, sino á llenarla ó cumplirla,» y ese mandamiento como los otros nueve están en nuestra Ley como en la antigua, y obligan al cristiano como al israelita. Tenia, pues, derecho á dirigir á su hijo esa queja, ó suave reconvencion; y ¿qué menos podia hacer? ¿Á quién se le niega el derecho de quejarse?

(1) Pues qué, ¿puede venir algo bueno de Nazareth? decia Natanael al Apóstol San Felipe, cuando este le participaba que acababa de hallar al Mesías. (San Juan, cap. 1.º, vers. 46.)

San José no habla: no hay una palabra suya en el Evangelio. Pero su Santa Esposa le nombra primero.—Tu padre y yo andábamos *afogados* buscándote (1). La respuesta de Jesús, al parecer seca, no es tal, sino una contestación sencilla y muy natural. Se ha escrito mucho acerca de ella y no creo merezca la pena de tanta molestia.

—«¿Por qué me buscabais? ¿no sabiais que debo ocuparme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?» María y Josef tenían el deber de buscarle: si cumplían con su deber, Jesús no podía echarles en cara que hiciesen lo que tenían obligación de hacer. Lo que no aprueba es su aficción, por natural que esta sea, pues sabiendo como sabían que era Dios, no tenían por qué apurarse por su ausencia. No era un niño como los demás niños. A esto aluden sus palabras.

Jesús conocía su porvenir: pero sus padres no lo sabían. Jesús en su estancia en el templo principiaba á obrar á lo divino; sus padres obraban y debían obrar según la prudencia humana. Dentro de diez y ocho años Jesús abandonaría su pueblo, casa y familia para ocuparse ya exclusivamente en las cosas del servicio de su Eterno Padre: pero sus padres en la tierra no lo sabían, ni aun quiso Jesús revelárselo entonces, porque no había necesidad de ello. Por eso dice el Evangelio:—«que no llegaron á entender lo que les decía.» Jesús no iba á satisfacer una mera curiosidad. Su Madre lo comprendió mas adelante en la tierra: su padre putativo solamente pudo verlo desde el seno de Abraham. María conservaba estas cosas en su corazón, como dice el Evangelio, y lejos de ver en la respuesta de su Hijo un acto de desden, vió una misteriosa advertencia para el porvenir. Por eso la guardó en su corazón, es decir, con amor y con afectuoso respeto.

Los protestantes, los impíos y racionalistas, y en general todos los desafectos á María, han pretendido sacar gran caudal de estas palabras de San Lucas para rebajar el mérito y altísima importancia de aquella. Jesús, según ellos, la trata siempre con despego; no le hace caso, aun parece casi que la desprecia, y no solamente en esta ocasión sino en otras que veremos mas adelante; en las bodas de Caná, cuando le llaman de parte de su familia en momentos en que estaba predicando, y finalmente hasta en la Cruz, cuando le niega el título de *Madre* y la llama secamente *mujer*. Los pocos alcances y talento de María se descubren también, según ellos, en no haber entendido unas palabras tan claras y sencillas. ¡Ya se ve! luego que se hace un descubrimiento todos los necios se echan á descubrirlo. Luego que Colon descubrió el Nuevo Mundo con grandes apuros, no hubo holgazán que no pretendiera ser *un Colon*. Ahora que tenemos el Evangelio en la mano todos hallamos claro lo que Dios no quiso revelar á San José y á la Virgen en el templo.

En cuanto á lo que dicen los protestantes del despego y desden de Jesús para con sus Santos Padres, en vez de contestarles vale mas dirigirles un argumento para que lo res-

(1) Algun escritor moderno amplifica esto diciendo, que la Santa Virgen fué muy humilde cumpliendo con el deber de nombrar primero á San José. ¿Pero podía hacer otra cosa? Ni el uso ni la cortesía (al menos en España) permiten hablar de otro modo. Bien es verdad que no falta algun país en donde el que habla antepone el *yo* á los demás nombres.

pondan ellos. La vida de Jesús, su conducta y sus hechos son un modelo que debemos nosotros tener siempre á la vista, para imitar en cuanto sea posible. En eso convienen con los católicos. En este supuesto, si Jesús fué siempre desabrido y desdenoso con sus Padres y en especial con su Santa Madre, los cristianos, para imitarle, debemos ser desabridos y desdenosos con nuestros padres, y aunque les obedezcamos, como les obedeció Jesús, no debemos mostrarles ternura, afecto exterior, ni permitirnos esas expansiones de cariño á que nos impulsa la naturaleza. Esto es absurdo, y si este absurdo se sigue de sus premisas debe haber en ellas también algo de absurdo. La explicación que den será también la explicación de este pasaje.

Mas para el católico hay una observación mas profunda en el terreno de la mística y de la perfección cristiana, que para nosotros es lo principal, siquiera los protestantes, y los racionalistas aun menos, jamás acierten á comprenderla por desgracia suya. Jesucristo no es como quiera modelo de vida, sino mas bien modelo de perfección, y de vida no como quiera perfecta sino perfectísima, y á la cual nosotros nunca podremos llegar, aunque debemos tomarle por bello ideal. Jesús deja patria, casa y familia, no tiene caudal, no tiene donde reclinar su cabeza. ¿Pero vamos todos los hombres á dejar nuestra patria, casa y familia para imitarle? ¿Vamos todos á ser vírgenes? Ni esto es dado á todos, ni esta es la Ley, ni es la voluntad de Dios: en tal caso en menos de un siglo se acabaría el género humano (1). Los consejos de perfección no son para todos, pero tampoco son para ninguno. Afortunadamente hay en la Iglesia millares de almas dichosas y privilegiadas, que siguen en todo y por todo á este Divino modelo, al paso que los protestantes no tienen á nadie que le imite en todo, siéndoles repugnantes la virginidad, la obediencia y la pobreza absoluta.

Pues bien: estas almas santas y puras principian muchas veces por hacer con su familia, su patria y su casa, lo que hizo Jesús, venciendo aquellas su natural con tal violencia, que hasta su salud y su físico se resienten de ello. «Cuando salí de en casa de mi padre, dice la amable Santa Teresa de Jesús, no creo será mas el sentimiento cuando me muera, porque me parece cada hueso se me apartaba de por sí.» ¡Qué frase tan enérgica, y casi dura, para expresar el dolor de abandonar la casa paterna y el siglo, á fin de encerrarse en el claustro! ¡Pero allí la llamaba la voluntad divina, porque convenia que estuviese allí en las cosas que eran del servicio de Dios! El mundo llama á esto locura, y en efecto es la locura de los Santos, la santa locura del Amor divino, que algun día envidiarán los sabios del mundo, los que en él pasaron por discretos (2). De seguro que cuando el padre de Santa Teresa preguntó á esta ¿por qué le habia abandonado? le respondió con las palabras que el

(1) Sobre la virginidad lo dice San Pablo terminantemente. *De virginibus praeceptum non habeo consilium autem do.* (Epistola 1.ª á los de Corinto, cap. VII, v. 25.)

La distinción entre lo que es de *precepto* y lo que es de *consejo*, aunque sencilla y rudimentaria para los versados en las ciencias eclesiásticas, no siempre está al alcance del vulgo.

(2) Así lo expresa el libro de la Sabiduría, cap. III, vers. 4 y 5.

Evangelio pone en boca de Jesus. Y ¡cuántos millares de religiosos de uno y otro sexo han respondido y responderán á sus padres esas palabras de Jesus su modelo!

Dejémosnos pues de comentarios: el mundo no las ha de entender por mas que se las expliquemos, y para los buenos católicos la explicacion está de mas (1). Explíquennas enhorabuena otros de otra manera en libros que han de leer los protestantes y los escépticos: yo no escribo para estos.

Para los católicos que no se contentan con creer sino que practican lo que creen (¡y cuán escaso es su número fuera de los claustros y del sacerdocio!), este pasaje de la vida de Jesus y de María, tiene otra altísima significacion, y es, que cuando se pierde á este por culpa nuestra, debilidad ó descuido, hay que buscarle en el templo, donde al cabo le hallaron sus Padres, y que, para no perderle, lo mejor es formar en lo interior del corazon un templo, *templo vivo*, donde se esté de continuo en la presencia de Dios y de Jesus, el cual aprecia mas estos templos vivos, que todos los que con piedra y otros materiales construyen los hombres á fuerza de tiempo, afares, gastos y fatigas.

La Santa Iglesia celebra en el primer domingo despues de la Epifanía ó adoracion de los Reyes esta festividad del Niño perdido y hallado entre los Doctores, y lee en la Misa, y comenta en el oficio divino este hermoso pasaje del Evangelio de San Lucas. Los comentarios en el tercer nocturno están tomados de una hermosa homilía de San Ambrosio. Distingue allí las dos generaciones, una paterna y otra materna. «Las cosas, dice, que son superiores á la naturaleza, á la edad y á la costumbre en Cristo no las hemos de referir á las virtudes humanas, sino á los poderes divinos de que estaba investido. En unos parajes la Madre obliga á Jesus á cumplir su ministerio, pero en otros se arguye por Este á su Madre por tratar de exigir aun lo que era meramente humano (2).

¡Qué poco se embaraza San Ambrosio con esas palabras de Jesus, al parecer duras que tanto asustan á los criticos! No se anda en ambages ni rodeos. María es argüida (*arguitur*). ¡Qué ejemplo para los nimios y asustadizos! Pues aun es mas: la Iglesia acepta esa palabra de San Ambrosio y la estampa en el Breviario para que la lea todo el Clero.

(1) Los impíos se asustan y hacen que se horrorizan de una frase muy enérgica, y si se quiere dura, que usa San Jerónimo en su epístola á Nepociano, hablándole de la vocacion al monacato. Si al marchar al monasterio se cruza tu padre en el dintel de tu casa para impedirte que salgas, *sal pisando á tu padre: (per calcatum perge patrem.)*

Esta frase enérgica, lo mismo que otras del Kempis y de las reglas monásticas, que mandan la obediencia ciega al superior, *morir para el mundo, ser como un cadáver*, etc. etc., para los católicos verdaderos no ofrecen dificultad ninguna: son axiomáticas. Los impíos no pueden comprenderlas por mas que se haga. Seria lo mismo que querer explicar matemáticas sublimes á quien no sabe aritmética.

(2) Leccion 2.<sup>a</sup> del tercer nocturno.



## CAPITULO XXIII

MARÍA VIUDA

*Y estaba sujeto á ellos. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazon.*

*Y Jesus crecia en sabiduría, y en edad, y en gracia delante de Dios y de los hombres.*

(San Lucas, cap. II al final.)

**E**N estas pocas palabras está compendiado todo lo que el Evangelio nos dice acerca de la Santa Familia en el trascurso de los diez y ocho años que mediaron desde la primera manifestacion de Jesus en el templo enseñando á los Doctores, á la edad de doce años, hasta que siendo como de unos treinta comenzó su vida pública, bautizándose en el Jordan por mano de su primo, y principiando á predicar en Galilea. Las tres cláusulas están artísticamente colocadas al final del capítulo II del narrador San Lucas. La primera es relativa á los tres personajes de la Santa Familia. «Jesus volvió con ellos (sus Padres) á Nazareth donde les estaba sometido» (v. 51).

La segunda cláusula y en el mismo versículo, es relativa á Maria. «Y su madre conservaba en su corazon todas estas cosas».

La tercera es relativa al desarrollo de Jesus en lo humano y su vida privada en Nazareth. «Y Jesus crecia en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres» (versículo 52 y final del cap. II). Este incremento de gracia solo era en la manifestacion aparente, como advierte San Bernardo en su Homilía *Missus est*. No cabe mayor sobriedad en los pormenores. Y si el Evangelio solo dedica estas tres breves cláusulas al largo período de diez y ocho años, y de estas tres cláusulas se destinan una á Jesus y otra á María, ¿se extrañarán luego los émulos y detractores de esta de que apenas se la nombre en principiando la vida pública de Jesus?

Ni la tradicion, ni la Iglesia aceptando los dichos de los Santos Padres, acuden á llenar este vacío, con algunos pormenores, pues los que conserva en Nazareth la tradicion popular no merecen apenas ser tomados en cuenta. Sabemos que vivía sujeto no